

poética, pero desnuda de esa perfección musical, de ese brillo de la imaginación que únicamente pueden comunicar á la poesía toda su belleza y toda su brillantez. En fin, hay en Alfieri una tendencia á alcanzar la elevación antigua que se acostumbra elogiar, aun cuando no produce resultados muy importantes.

No sé si faltará fundamento para decir de las piezas modernas del teatro inglés, comparadas con las de los Franceses, lo que hemos indicado acerca de las novelas: que bajo el aspecto del artificio poético, merecen la preferencia, á causa del exacto cuidado, del pulimento y de la elegancia del trabajo. El teatro italiano está mas próximo á nosotros á causa de la analogía que ofrece con el nuestro, á lo menos bajo la forma exterior y bajo el desenvolvimiento que ha tomado mas tarde.

La crítica de los Ingleses y algunas de sus obras sobre la poesía y aun sobre la arquitectura y la escultura eran mas libres, mas originales, y en su mayor parte mas sabias bajo el aspecto del conocimiento de la antigüedad que las de los escritores franceses de este género, y correspondian por consiguiente mas al espíritu alemán. Pero la crítica alemana no ha recibido sino el primer impulso de los Ingleses, de Harris, de Hume, de Hurd y de Warton por ejemplo, y se ha desenvuelto bien pronto por sí misma, quizás mas que ninguna otra rama de nuestra literatura.

Los grandes modelos en el arte de escribir la historia que la Inglaterra produjo en el siglo décimo octavo, son mucho mas importantes que todo lo que pertenece

á la literatura consagrada al estudio de lo bello. En este género los Ingleses han sobrepujado á las demas naciones, á lo menos porqué fueron los primeros en tratarlo, y tambien por esto han servido de modelo á los historiadores de todas ellas. Si no me engaño, Hume ocupa en el dia el primer lugar entre los tres historiadores ingleses mas distinguidos del siglo. Tanto como la duda es útil al historiador para la investigación de los hechos, pues bajo este aspecto nunca se llevará demasiado lejos; tanto este modo de pensar, cuando el escepticismo ha atacado, alterado y hecho desaparecer todos los principios religiosos y morales, conviene poco al que quiere ser el historiador de una gran nación y producir un efecto general y duradero.

En este caso, la parcialidad y aun consideraciones falsas, son preferibles y mas fecundas en resultados que la ausencia de todo principio fijo, y la falta de plan, de ardor y de entusiasmo: pues entonces solo la tendencia á la oposición contra la opinión dominante y la paradoja, puede derramar algun interés sobre una obra histórica concebida bajo semejante espíritu. Esta tendencia á la oposición no puede ser desconocida en Hume. Por digno de elogios que sea y por mas servicios que haya hecho abrazando el partido de los Torys, y esponiendo una parte importante de la historia de Inglaterra, con un tierno interés por la suerte funesta de los Estuardos, y una parcialidad visible por los principios monárquicos, en una época en que el espíritu republicano del partido de los Wighs dominaba generalmente demasiado en la literatura inglesa, para que el porvenir de la nación

no se viese comprometido como lo está aun en el día; no deja de ser menos por eso un historiador sobrado parcial, aunque por otra parte esté en el primer lugar por su género y su modo de considerar los sucesos; sobrado parcial, digo, para que su obra llegase á ser verdaderamente nacional, de un espíritu y de un mérito completamente general. No satisface de ningun modo en cuanto á los tiempos antiguos, porqué no los amaba y porqué no sabia transportarse á ellos. Con respecto al estilo, Robertson es el autor que encierra mas atractivos; sus espresiones son escogidas, y aunque siempre se nos presenta adornado, es sin embargo claro y no vemos en él afectacion. Es mas débil bajo otro punto de vista que debiera ser el mas importante, es decir como investigador: en el día se reconoce con bastante generalidad, aun en Inglaterra, cuan descuidado es, superficial y en gran parte lleno de errores, en cuanto á los hechos; si bien la decadencia y la alteracion del gusto en el estilo, hagan necesario citarle como un modelo. Bajo este aspecto, á mi entender, su estilo abunda demasiado en espresiones brillantes y en antítesis. La belleza del estilo y la tendencia á escribir la historia de un modo enteramente científico y oratorio, me parece que son una cosa imperfecta y á propósito para estraviar; pues si se quiere tratar el estilo histórico como un arte, dificilmente se llegará á ver que una nacion moderna alcance jamas la perfeccion de los antiguos, ni aun que se les aproxime. Pero quizas nos es dado sobrepajarles de otro modo, es decir, tratando mas la historia como poesía; pues para esto poseemos recur-

sos, instrumentos y trabajos preparatorios infinitamente mas numerosos que los suyos. Cuando uno se propone semejante fin, un estilo sencillo es el mas propio, mientras que sea pulido, siempre congruente, rápido, claro, desnudo de términos superfluos, y sin que se descubra el estudio, ni se vea afectacion de giros oratorios y de periodos brillantes. Gibbon es muy rico en pensamientos, su estilo aparecerá casi siempre muy puro en los pormenores; pero es muy estudiado y llega á fatigar por la monotonía que reina en todo el curso de su obra; abunda ademas en espresiones y en giros latinos y franceses. Siendo la lengua inglesa de una naturaleza mista, no tiene línea de demarcacion bien fija bajo el aspecto de las palabras y de los giros que pretende sacar del latin y del frances, para añadirlos á los otros que ha adoptado desde muy antiguo y que forman parte del idioma nacional. Ese modo afectado de escribir medio latino, por el que Gibbon se distingue, fué principalmente acreditado por el crítico Johnson; pero ahora parece que se ha dejado, á lo menos en cuanto á los principios, y que se considera como vicioso y como una aberracion contraria al genio de la lengua. La obra de Gibbon, por instructiva y agradable que sea á causa de la riqueza de los hechos y de los pensamientos, no satisface sin embargo bajo el aspecto del plan, pues no se encuentra en él sistema fijo. Vese dominar en ella el espíritu de Voltaire y una tendencia á mofarse de todo lo que tiene un carácter religioso; tendencia indigna de un historiador, y que en el estilo elegante y afectado de Gibbon no es efecto de un espíritu ligero y natural,

sino solo un esfuerzo para alcanzarlo. Aunque haya señalado á mis lectores algunos defectos en esos tres grandes historiadores ingleses cuyo mérito no es menos suficientemente reconocido, sin embargo si se les compara con sus sucesores, se les halla mucho mas notables, y es fuerza confesar que son los primeros en su género. Tómese el trabajo de comparar á Gibbon con Roscoe, ese historiador árido y pesado, aunque por otra parte su espíritu esté adornado con toda la riqueza de la cultura italiana; á Robertson y Coxe, que es atractivo y agradable, pero menos noble y menos clásico, y tambien casi siempre poco completo en cuanto á la investigacion histórica; ó bien el político Fox á Hume, y se hallará siempre que en Inglaterra el arte de escribir la historia está mas bien en decadencia que con visos de hacer progresos. La causa quizas se encuentra en la falta de una filosofía firme y satisfactoria; falta que se nota aun en los escritores de primer orden. Cuando se ignora en general de donde viene el hombre y á donde va, es imposible juzgar de la marcha de los sucesos, del desarrollo de los tiempos, de los destinos de las naciones, y aun de tener sobre el particular una opinion fija y un modo de ver estable. La historia y la filosofía debieran por otra parte en cuanto fuese posible marchar siempre de frente: separada enteramente de la historia, y sin el genio de la crítica que solo puede ser el resultado de esta alianza, la filosofía no puede convertirse sino en un asunto de vanas fórmulas ó de partido: sin el espíritu vivificante de la filosofía, la historia no es mas que una coleccion muerta de materiales inútiles, sin unidad in-

terior, sin objeto propiamente dicho y sin resultado. La falta de convicciones y de principios completos no se manifiesta en ninguna parte de un modo tan claro como en las pretendidas historias de la humanidad, á las que se han dedicado mucho principalmente en Inglaterra, de donde han sido trasplantadas á Alemania. Sacáronse de la gran coleccion de viajes los rasgos necesarios para componer un cuadro del pescador, del cazador y de las hordas errantes, de los pueblos agrícolas y de los que viven en las ciudades y se dedican al comercio: todo esto fué decorado con el nombre de historia de la humanidad. Esos ensayos contenian sin embargo muchas observaciones particulares tan exactas como útiles, aun considerando principalmente al hombre segun su constitucion corpórea y natural, bajo el aspecto de la division de la especie en razas blanca, negra, roja y amarilla; pero ¿qué resultados daban para ese gran problema cuya sola solucion mereciera el nombre de verdadera historia de la humanidad, á saber: qué cosa es el hombre en realidad, cómo fué originariamente constituido, de qué modo vivia, y cómo ha caido en el estado de miseria en que le vemos ahora? La filosofía y la religion pueden tan solo responder á esta cuestion, que es enteramente del dominio de la historia, y por la cual toda ella principia y se termina; entendiendo hablar aquí de esa filosofía cuyos esfuerzos tienen siempre por objeto la inteligencia de la religion. Luego que la historia sale del estrecho círculo de algunas tradiciones y sucesos dados, y que considera el conjunto de la humanidad, una filosofía basada sobre la revelacion

es la sola que puede dar la solución verdadera é indicar la senda conveniente: sin esto será siempre de temer que la humanidad no sea comprendida en su desarrollo mas que como una simple manifestación de la naturaleza. El orden sublime y divino del mundo en la sucesión de los tiempos y de las épocas históricas no puede ser ni comprendido ni hallado sino en la profundidad del conocimiento espiritual: en una palabra, la relación necesaria de la historia de la humanidad con lo que hay de divino en su principio, su medio y su fin, proviene del espiritualismo de esta noción cristiana. Por el contrario, en esa falsa historia de la humanidad, digno producto de esa filosofía material y solo basada en las sensaciones, que hizo nacer el siglo décimo octavo, se ve siempre dominar el pensamiento de que el hombre ha nacido en el mundo como un gusano, con la sola diferencia de que ha sido dotado de la facultad de moverse y de una conciencia; sin embargo, según ese sistema solo ha recibido esa conciencia de sí mismo de un modo pasajero. La obra maestra de esos historiadores de la humanidad consiste en el fondo en hacer nacer gradualmente el razonamiento y el espíritu con todas las artes y las ciencias, de la animalidad; de modo que cuanto mas se llega á asimilar el hombre con el orangután, ese animal predilecto de muchos filósofos del siglo décimo octavo, tanto mas se reputa uno iniciado en los misterios de la filosofía. Rodeados como estamos de una inmensa cantidad de riquezas y de manantiales históricos, de documentos sobre la antigüedad, de numerosos tesoros sobre la geografía y la etnogra-

fía, pudiendo dirigir la vista hácia atrás sobre tantos siglos, nos hallamos actualmente en el punto en que la historia del mundo pudiera llegar á ser una verdadera ciencia, en la cual la historia política apareciera bajo un aspecto enteramente nuevo: pero, para dar cima á este edificio, fuera preciso que los inmensos materiales que posee nuestro siglo fuesen llevados de nuevo á la antigua base teológica y que se coordinasen bien unos con otros, lo que no se ha hecho hasta ahora. Las historias de la humanidad que nos han dado han sido construidas sobre la arena movediza de hipótesis racionales ó de observaciones superficiales, y destruidas con la filosofía sensualista dominante entonces. Pero el arte histórico, como los Ingleses han sido los primeros en practicarlo en los tiempos modernos, y al cual han hecho hacer tantos progresos, no nos ha producido hasta ahora mas que obras maestras de elocuencia sin ciencia verdadera.

La filosofía de la sensación á la que Bacon dió sin culpa nacimiento, que Locke sistematizó y analizó por primera vez, y cuyas consecuencias inmorales y desorganizadoras se desarrollaron completamente en Francia donde hizo secta y acabó por originar un ateísmo completo y general, tomó una marcha enteramente diversa en Inglaterra. No podía producir los mismos resultados en ese país, porque se veía rechazada por el sentimiento generalmente dominante del bienestar y de sus exigencias, del bienestar que hubiera sido para siempre paralizado, si ese sistema desastroso se hubiese desen-

1 La *etnografía* es el arte de describir las costumbres de las naciones. *

vuelto en Inglaterra con la misma fuerza que en Francia. Los Ingleses se veian llevados de otra parte por la naturaleza de su espíritu á apoderarse mas bien del lado paradójico y escéptico de esa filosofia, que de su lado material y ateo. El sistema de Locke condujo á Berkeley á la teoría filosófica mas estraña, porqué adoptando la filosofia de Locke, no quiso renunciar á su creencia religiosa, sino por el contrario conciliarlas ambas; pues su creencia habia echado en su corazon raíces demasiado profundas para que le fuese posible abandonarla. La filosofia de aquella época no podia concebir, y en efecto era imposible que concibiese de qué modo los objetos exteriores entran en nuestro espíritu, de suerte que este pueda formarse idea de ellos; pues todas las percepciones, todas las sensaciones de que son causa para nosotros, no son en realidad mas que impresiones que recibimos de los mismos, modificaciones que estas nos hacen experimentar. De cualquier modo que sigamos los objetos de nuestras sensaciones, no obtendremos sin embargo mas que impresiones, sin poder alcanzar jamas los objetos mismos que parece que se nos escapan continuamente. Si consideramos la naturaleza como dotada de una vida propia, como animada, ó á lo menos como el medio, el instrumento y la palabra de la vida, la confusion desaparece y todo se despeja. No es incomprendible que entre dos naturalezas intelectuales animadas y que obren la una sobre la otra, se encuentre una muerta en apariencia, que pueda servir de término medio y de instrumento de palabra y de lenguaje, ó ser tambien el limite y el muro de separacion;

pues así lo experimentamos á cada momento, porqué no vivimos ni obramos de otro modo, porqué aun en nuestro interior no estamos jamas solos, y porqué no podemos ni obrar ni quedar de acuerdo con nosotros mismos, sin instrumento y sin lenguaje. Pero esta sencilla idea de que el mundo de los sentidos no es mas que la prision del espíritu, un medio y un instrumento de division y de union para el mismo, se habia perdido con el conocimiento y la nocion del mundo intelectual, y la conviccion profunda de su existencia. De este modo la filosofia de los sentidos cayó de un error en otro relativamente á sus primeros principios, sus cuestiones y sus respuestas esenciales. Berkeley pensaba que no habia objetos exteriores, sino que Dios era la causa inmediata de todas nuestras ideas y de todas nuestras sensaciones. Dudas semejantes hicieron adoptar á Hume un sistema enteramente diverso: el escepticismo estacionario en sus dudas irresolubles, y que llega hasta negar la certidumbre de todo conocimiento. Este escritor es el que por su escepticismo que lo penetra y trastorna todo, ha decidido la marcha de la filosofia inglesa; pues despues de Hume, se han limitado á contener por toda clase de medios la influencia práctica funesta de ese escepticismo, y á conservar, por diversos apoyos y una multitud de auxiliares, el edificio de todas las convicciones morales, tan necesarias para la dicha de la especie humana. Así la idea del bienestar nacional es no solo en Adan Smith, sino en toda la filosofia inglesa, la nocion fundamental, el centro y el principio que domina en el conjunto. Por digna de elogios y por benéfi-

ca que sea esa teoría que consiste en dirigirlo todo á ese punto central, sin embargo la noción del bienestar nacional no puede servir de oráculo decisivo en todo conocimiento y en toda ciencia: esos apoyos son débiles y fáciles de alterar, y no puede contarse con ellos durante mucho tiempo por lo que toca á la vida práctica, porqué su marcha se ve decidida y dominada tarde ó temprano por la convicción interna, así como por el desarrollo del espíritu. A falta de la certidumbre en nuestros conocimientos que no puede ser alcanzada, tenemos para reemplazarla el buen sentido ordinario; y para suplir la certeza completa y verdadera, el sentimiento y la aprobación moral. El espíritu natural, aun cuando fuese en realidad tan general y tan recto como cree comunmente, mas bien cortara que resolviera la cuestión de la filosofía, y no respondería por sus decisiones, sino fuese permitido apelar de ellas, y aquella no debiese ser examinada mas; pero el ardor de saber, inherente á los hombres, no puede ser contenido, y la cuestión sobre el verdadero principio ó fundamento de nuestros conocimientos y de toda verdad se representa siempre, aunque haya sido evitada tantas veces. El sentimiento de moralidad es una cosa demasiado frágil para la moral, si no se le une una ley de justicia eterna que no puede emanar de la experiencia ni del sentimiento puro, sino solo de la razón ó de Dios: para esto requiere una convicción firme, una creencia bien segura; pero la creencia que los filósofos ingleses fundan sobre los oráculos de la sana razón, y sobre los principios morales tenidos por verdaderos, así como

sobre los sentimientos dignos de estimación, es, como su misma base, de una naturaleza muy vacilante. No es lo que llamariamos una creencia, una convicción y un conocimiento firme é inmutable, como las nociones sacadas de la razón y de la experiencia sensible; sino un conocimiento y una convicción derivados de un origen enteramente diverso, obtenidos de un modo completamente distinto, por medio de la percepción interior, de una revelación mas elevada y de una tradición divina. Además, esa pretendida creencia, fundada sobre el buen sentido de los hombres, es en los filósofos ingleses una creencia forjada de un modo arbitrario, que nada tiene de sólido y que no puede sufrir mejor la prueba del peligro, que la creencia ciega y rutinera de los indiferentes. De este modo esa nación, tan enérgica y tan libre en toda su existencia y en toda su vida, que aun en poesía prefiere la profundidad á las frivolidades exteriores, se ha puesto por sí misma, de un modo particular, límites en filosofía; así es que, en los tiempos modernos, su espíritu se ha desarrollado de un modo menos original en este dominio del espíritu humano, y deja mas que desear que algunos de los mejores escritores franceses. Si, en Inglaterra, algunos filósofos han seguido métodos particulares, y se han separado por lo mismo de ese sistema general, no han producido ningún resultado importante ni universal. Los ensayos de este género que de ellos se conocen, no son aun ni muy notables ni muy distinguidos.

Puede compararse pues el modo de pensar de los Ingleses en filosofía, al estado de un hombre, cuyo sem-